Introducción

En la primavera del año 480 a. C., cuando las fuerzas militares persas se hallaban en el Helesponto preparadas para emprender la campaña que conocemos como segunda guerra médica, el historiador Heródoto sitúa una escena en la que conversan el Gran Rey persa Jerjes, hijo de Darío, y un exiliado político griego, el antiguo diarca espartano Demarato, que lo acompañaba en la expedición. Jerjes, tras haber pasado revista a la infantería y a la armada, llamó al exrey heleno a su presencia y le preguntó si los griegos osarían oponerse a su ejército. Demarato respondió de la siguiente manera:

La pobreza viene siendo, desde siempre, una compañera inseparable de Grecia, pero en ella ha arraigado también la virtud [coraje] —conseguida a base de inteligencia y unas leyes sólidas—, cuya estricta observancia permite defenderse de la pobreza y el despotismo.¹

Estas palabras debieron herir el orgullo del monarca. Aun así, Demarato concluyó que los griegos no dejarían las armas y, sobre todo, que lucharían sus conciudadanos lacedemonios, a los que no se les permitiría otro comportamiento. De nuevo Jerjes, molesto y sorprendido, insistió en la enorme desproporción de los ejércitos, y en la falta de unidad de los griegos por carecer de una jefatura única. Pero Demarato reiteraba que a

1. Heródoto 7.102.1 (traducción de C. Schrader).

los griegos los movía un objetivo valioso (la libertad), y a sus compatriotas espartanos, en concreto, los obligaba la ley:

Pese a ser libres, no son libres del todo, ya que rige sus destinos un señor supremo, la ley, a la que en su fuero interno temen más que lo que tus súbditos te temen a ti... no les permite huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo.²

Aunque Demarato hacía más hincapié en los espartanos, sus palabras eran aplicables a los griegos en general. Esta anécdota es reflejo de la arraigada conciencia helena acerca de lo que separaba Europa de Asia o, dicho de otro modo, al mundo de la polis del espacio del imperio. Heródoto escribía en la segunda mitad del siglo v a. C. y los griegos de entonces imaginaban a los persas como súbditos no libres de un tirano, mientras que para ellos, la vida de la polis la autogestionaban hombres libres, los ciudadanos (*politai*), solo sometidos a las leyes. Como dijo un siglo más tarde Aristóteles, el hombre es un *ser político*, lo que quería decir que el hombre solo desarrolla y alcanza su fin o perfección (*télos*) con una vida activa en su polis o ciudad. En el siglo vi a. C., la libertad era una novedad en el contexto mediterráneo y, muy especialmente, en el orbe heleno. En el siglo v los griegos ya la consideraban el fundamento de su civilización y la valoraban por encima de otros bienes. Por tanto, vivieron la guerra contra el Medo como un combate heroico por la libertad. Es cierto que no todos los habitantes de las *póleis* griegas eran libres, ni todo el mundo helénico estaba constituido por ciudades, pero sí las áreas costeras del Egeo y, en especial, las grandes y ricas ciudades de la costa occidental anatolia, las más próximas al imperio persa.

El contraste entre el Imperio persa y las ciudades griegas asiáticas pronto fue comprendido como una incompatibilidad

2. Heródoto 7.104.4.

INTRODUCCIÓN

entre culturas políticas opuestas, y quizás haya sido Heródoto el primero en subrayarlo. Heródoto era originario de Halicarnaso, una importante ciudad greco-asiática, medio jonia medio doria, y con estrechas relaciones con el reino de Lidia. Como corresponde a un historiador, una profesión entonces similar a la de periodista, Heródoto viajó mucho e indagó las particularidades culturales de las distintas civilizaciones, hallando en todas ellas elementos dignos de ser tenidos en cuenta. Era un cosmopolita, capaz de apreciar las aportaciones positivas o los desvíos perversos de cada cultura o momento histórico. Vivió largas estancias en Atenas, donde pudo observar el funcionamiento de la democracia, sistema que prefería a otras formas constitucionales (*politeía*) griegas (oligarquía, tiranía). A pesar de que sus *Historias* tienen rasgos estilísticos arcaicos, como recurrir al anecdótico moralizante, su cosmovisión empieza a ser moderna y racionalista, como corresponde a uno de los máximos exponentes de lo que se ha llamado la Ilustración griega. Fue miembro del denominado círculo de Pericles y, en ese contexto, uno de los más renombrados colonos de una importante fundación periclea en el sur de Italia, la ciudad de Turios, que tuvo una constitución elaborada por el sofista Protágoras de Abdera.

Remontándonos al inicio del conflicto greco-persa, Heródoto es también el narrador de las aventuras del curioso personaje que fue tirano de Mileto a principios del siglo v a. C. Cuando se preparaba la rebelión jonia contra los persas (499-494 a. C.), Aristágoras solicitó el apoyo de los griegos del otro lado del Egeo. Cuenta el historiador que, al llegar a Esparta, se entrevistó con el rey Cleómenes, quien despachó a Aristágoras tras manifestar que alejar sus tropas tres meses de la costa, y adentrarlas hasta Susa no auguraba nada bueno. Por el contrario, en Atenas, la Asamblea votó a favor del envío de veinte naves en apoyo de los rebeldes. Y este hecho lleva a exclamar a nuestro historiador: «Parece, pues, más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo». Hay que decir, no obstante, que Atenas no hacía

EL NACIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

mucho que se había liberado de sus tiranos, quienes querían convencer a los persas de que los ayudaran a recobrar el poder. Con todo, el comentario entraña cierta malicia del historiador, y es un ejemplo de cómo un buen observador puede subrayar las eventuales flaquezas de la manera democrática, en este caso, de tomar decisiones trascendentales. Son muchas las ocasiones en que nuestro historiador confronta dos sistemas diversos, el ateniense y el lacedemonio, destacando las virtudes o los vicios que se derivan de cada uno. En este libro el foco estará dirigido a Atenas y a su democracia; pero será conveniente tener siempre en el horizonte la perspectiva de la otra gran ciudad griega que se constituye en su gran rival y competidora; y que adoptó una *politeía* tan diferente a la de Atenas.

La ciudad (*pólis*) es la forma básica de organización política favorecida por los griegos desde, al menos, el 800 a. C. En general, la polis es una entidad reducida en extensión geográfica (unos cien kilómetros cuadrados) y en número de ciudadanos libres (en torno a un millar), lo que, en términos antropológicos, algunos califican como una sociedad «cara-a-cara»; todos sus miembros se conocen. Son ciudadanos solo los varones mayores de edad; lo más habitual, en las fases primitivas, es que lo que hoy llamamos derechos políticos plenos se repartan según el estatus de origen o las rentas. Es decir que, en la época arcaica (siglos VII-VI a. C.), casi siempre gobernaba una minoría aristocrática y el demos libre era reunido por ella en una Asamblea con escaso o nulo poder de iniciativa. Estas aristocracias antiguas fueron entrando en crisis por las luchas internas de la elite, y muchas veces derivaron en tiranías si uno de los aristócratas reclamaba y obtenía el favor del demos frente a sus iguales. Las tiranías eran monarquías autocráticas y dinásticas que duraban relativamente poco; y, cuando caían, era frecuente que la aristocracia anterior recuperara el poder y se estableciera en él de un modo más institucionalizado. En

INTRODUCCIÓN

Atenas, por el contrario, la fase tiránica (547-511 a. C.) dio paso a lo que primero se llamó *isonomía* y, pasado el tiempo, se denominó *demokratía*.

La *politeía*, frecuentemente conceptuada de «alma de la polis», o como su forma de vida, es un compendio o fusión inextricable de costumbres sociales, creencias religiosas, leyes, educación (*paideía*) y organización política. Nunca es una constitución —ni lo es en sentido estrictamente político ni por tener forma escrita—, aunque, a falta de mejor traducción, adoptamos este término para sustituir el vocablo griego. En el ámbito concreto del gobierno, toda ciudad tiene una Asamblea extensa en la que participa el demos, un Consejo restringido que, en época arcaica, solía ser la fuente principal del poder aristocrático, y magistrados electos que ejercen tareas concretas en periodos limitados de tiempo. Que hablemos de un sistema más o menos democrático depende, esencialmente, de que la Asamblea se constituya en el poder soberano (*kýrios*). Normalmente ello va acompañado, entre otros procedimientos o instituciones, de la presencia de Consejos renovados anualmente, el uso del sorteo para seleccionar ciertos cargos y el pago de los servicios públicos.

Como se irá viendo, en Atenas se introdujeron estos y otros mecanismos de forma gradual entre los años 508 y 322 a. C. Examinaremos, pues, en este libro un sistema democrático de una duración de dos siglos, en los cuales se produjeron cambios institucionales y transformaciones socioeconómicas, acompañados de conflictos internos, invasiones enemigas o campañas militares en el exterior. A lo largo de los capítulos analizaremos las circunstancias especiales que hicieron de la Atenas del final del arcaísmo y de la época clásica una polis singular. La primera viene dada por su inusitado tamaño. Con una extensión geográfica en torno a dos mil cuatrocientos kilómetros cuadrados y un número de ciudadanos que, en los siglos v y iv a. C., osciló entre treinta mil y sesenta mil, rompe con las proporciones más frecuentes de su entorno. El Ática resultó unificada (sinecismo) pronto a través tanto de acuerdos como de

luchas entre jefes de territorios previamente autónomos. Los atenienses de la época clásica creían que su región nunca había sido abandonada por sus primitivos pobladores, los cuales eran autóctonos en el sentido más literal del término, es decir, descendientes del primer ateniense nacido de la tierra. La leyenda de la ininterrumpida ocupación del país, así como el mito de la autoctonía responden, tal vez, a que los griegos de esa área no se marcharon cuando en el Mediterráneo oriental se produjo la crisis general del 1200 a. C., que llevó a la destrucción de las fortalezas y desaparición de la civilización micénica.

Este hecho dejó en Grecia una huella profunda. Restos arqueológicos impresionantes que desde el 800 eran calificados de «ciclópeos», leyendas fundacionales como el «retorno de los Heráclidas», que justificaba la ocupación doria del Peloponeso desde el 900 a. C., y poemas épicos del ciclo troyano que describían ese periodo turbulento, de los que se conservan la *Iliada* y la *Odisea*.

La figura del rey Teseo, a quien se atribuye el sinecismo de Atenas, anterior a la guerra de Troya, concentra en un solo personaje la larga historia de unificación y centralización políticas en la que no podremos entrar; desborda nuestro tema: la creación y los avatares de la democracia de los siglos v y iv a. C. Pero sí tomaremos en consideración la labor de los legisladores del siglo vi, especialmente la de Solón, al que los atenienses consideraban el padre de su sistema legal y político. Sin su intervención no se entenderían los procedimientos más arraigados de la vida de la polis de los atenienses. En el 594 a. C. la medida más importante tomada por Solón hizo de Atenas una ciudad distinta a las de su entorno al prohibir esclavizar por deudas a ningún ateniense. Desde entonces todos los nacidos atenienses serían libres, y en Atenas desapareció el estatus —tan frecuente en las ciudades arcaicas y en muchas de las clásicas— de la dependencia o servidumbre rural.

Desde principios del siglo vi el demos ateniense constituía, pues, una fuerza política considerable; Solón también creó me-

INTRODUCCIÓN

canismos jurídicos para que los ciudadanos comunes pudieran defenderse de los abusos de los poderosos. En esa centuria, Atenas se transformó y modernizó: introdujo la moneda de plata; adaptó los cultivos de vid y olivo en zonas agrestes y, por consiguiente, propició la producción de vino y aceite para exportación; se inició la economía artesana a gran escala, como revela la fabricación de cerámica de figuras negras, un producto de lujo que se vendía por todo el Mediterráneo; y, finalmente, empezó la dominación de regiones (el Quersoneso, la actual península de Galípoli) e islas (Imbros, Lemnos) próximas al Helesponto, un claro indicio del objetivo, que llegaría a ser estratégico, de controlar el comercio marítimo hasta el mar Negro y asegurar la llegada de cereal y esclavos escitas a su propio puerto. Seguramente, los conflictos entre jefes aristocráticos, de los que hablan los autores antiguos y que siguen a la legislación soloniana, tienen que ver con las diferentes posiciones en relación con la transformación en marcha. De esas luchas por el poder se benefició el más hábil de ellos, Pisístrato, que alcanzó la tiranía que tanto temía y contra la que tanto había exhortado Solón. No obstante, como escribe el ateniense Tucídides, el otro gran historiador griego del siglo v a. C., los tiranos de Atenas fueron virtuosos y gobernaron la ciudad sin cambiar sus instituciones. Es decir, ellos, como Cosme y Lorenzo de Médici en la Florencia del siglo xv, harían todo lo posible para tener a los suyos en las instituciones y que en la ciudad no sucediera nada que no hubiera previsto su poder en la sombra. Los tiranos iniciaron la expansión egea de Atenas, embellecieron la Acrópolis, construyeron el primer templo en piedra y ennoblecieron los festejos religiosos para contentar a un demos que, de este modo, se identificaba cada vez más con su polis, alimentando su sentido de pertenencia a una ciudad hermosa, rica, unificada y poderosa.

La caída de la tiranía renovó la disputa entre poderosos, ahora representados por las figuras de Clístenes e Iságoras. Clístenes, derrotado en la lucha por el arcontado por las co-

fradías aristocráticas (las heterías) que secundaban a su rival, decidió poner al demos de su parte ofreciéndole una participación real en el poder. Su propuesta era instituir un Consejo democrático para preparar y presidir la Asamblea, con lo que el demos sería decisivo en el gobierno de la ciudad. En el año 508 parece que los ciudadanos comunes estaban suficientemente motivados para apoyar un proyecto de este tipo, y ello trajo la consolidación de un protagonismo indiscutible de las clases populares. Sin duda, el conflicto greco-persa, las llamadas guerras médicas, contribuyó de manera notable, pues mostró que la Asamblea democrática podía tomar buenas decisiones en asuntos vitales.

Las guerras médicas se convirtieron para los atenienses en un segundo momento épico, equiparable a la guerra de Troya. Con habilidad, la ciudad consiguió que las batallas de Maratón y Salamina (490 y 480 a. C.) fueran vistas más como gestas exclusivamente atenienses que como victorias griegas.

Tras las reformas de Clístenes y la expulsión de Jerjes, el poder de la aristocracia, sin embargo, no desapareció por completo; los dirigentes seguían siendo miembros de las familias de mayor abolengo, como los Alcmeónidas, a la que pertenecía Clístenes, o los Filaidas, de la que procedía Milcíades, el vencedor de Maratón. Pero, poco a poco, la práctica asamblearia fue transformando la sociedad y, medio siglo después, en la fase de mayor influencia de Pericles, se adoptarían medidas más radicales para hacer real el control judicial de los poderosos por los tribunales populares, y el acceso a casi cualquier puesto de responsabilidad de los ciudadanos comunes, instituyendo los sueldos políticos y extendiendo la institución del sorteo de los cargos entre capas sociales cada vez más bajas.

Tras la victoria griega y la expulsión de los persas de Europa, Atenas asentó su hegemonía naval en el Egeo. Esta hegemonía fue transformándose en un dominio imperialista que no hizo sino robustecerse a lo largo de la Pentecontecia, nombre con el que se conoce el periodo que separa las guerras

INTRODUCCIÓN

médicas del conflicto que narró Tucídides (478 y 431 a. C.); el término significa textualmente «los cincuenta años». El denominado «imperio» ateniense es un fenómeno, nuevo entre los griegos, de supremacía sobre aliados libres, ejercida a través de mecanismos sofisticados, tanto ideológicos como políticos. Coincide con la fase de mayor auge cultural, artístico e intelectual de Atenas; es la época de Pericles quien, por lo demás, era un exponente de la nueva educación filosófica y retórica, y un gran patriota defensor de la grandeza de Atenas. Cuando la ciudad alcanza plena confianza en su sistema político y en el poderío egeo, estalla la conflagración que Tucídides llamó guerra del Peloponeso. En esta «guerra mundial» griega (431-404) participó todo el orbe heleno, dividido en dos alianzas. La contienda tenía que dirimir tanto el predominio territorial como la forma de gobierno de cada ciudad, ya que las oligarquías se aliaron, mayormente, con Esparta y los demos, y las democracias, en general, con Atenas.

Los errores en la conducción de la guerra, cometidos tras la muerte de Pericles (430 a. C.) por algunos dirigentes, y muy en concreto por el sobrino de este, Alcibíades, llevaron, primero, a un golpe de estado de signo oligárquico, el de los Cuatrocientos en el 411 a. C., y luego a la derrota de Atenas en Egospótamos (405). Tras un sitio de nueve meses, la ciudad se rindió a los espartanos y el lacedemonio Lisandro, con su apoyo a los proligarcas atenienses del exilio, contribuyó a instaurar en Atenas la segunda oligarquía, la de los Treinta [tiranos] y, en consecuencia, al estallido de una guerra civil que enfrentó a los exiliados, defensores del demos («los de Filé», «los del Pireo»), con los oligarcas («los de la ciudad»). La victoria del demos en Muniquia (el Pireo) en el 403 hizo posible la restauración democrática tras la firma de los pactos entre ambos bandos. Estos acuerdos introdujeron en la ciudad el concepto político de concordia (*homónoia*), noción que hizo posible un perdón generoso de los favorables a la oligarquía que no tenían delitos de sangre. Aunque en su momento no se empleó la locución «am-

nistía» —que significa olvido—, este término ha ido abriéndose camino y hoy es el más habitual para reconocer la novedosa práctica introducida entonces por el demos ateniense. Sobre la base de lo pactado, fueron perseguidos judicialmente solo los que habían asesinado «con sus propias manos».

Por tanto, la nueva fase se caracteriza por la concordia y la magnanimidad por todos reconocida del demos, pero lo más relevante, desde el punto de vista tanto conceptual como institucional, es la introducción de un sistema legislativo lento y meticuloso que impedía que la Asamblea pudiera adoptar cambios políticos de manera irreflexiva. Este hecho ha suscitado, entre los especialistas, una interesante discusión que reviste elementos de actualidad, ya que la pregunta esencial es si la democracia se defiende mejor desde la estabilidad de la ley y el respeto a las normas, o a través del reconocimiento del derecho popular a decidir en cada momento lo que al soberano le plazca.

Durante buena parte de la cuarta centuria, Atenas vivió encadenada a lo que, con mucho acierto, el historiador Ernst Badian denominó «el fantasma del imperio», un modo de decir que la política de la ciudad estuvo propulsada, en buena medida, por el deseo de reproducir un pasado glorioso e idealizado, imposible de recuperar. Primero, Atenas se implicó en un conflicto denominado guerra de Corinto, que los antiguos aliados de Esparta (Corinto, Argos, Tebas) declararon a Esparta, ahora hegemónica. Acto seguido, se hizo evidente la incapacidad espartana para imponer su hegemonía y, en general, la de la Hélade para resolver sus problemas; por ello, se recurrió a la mediación de Persia. Así pues, en el marco de la que fue la primera Paz del Rey (387 a. C.), por la que los persas imponían a los griegos la supremacía de Esparta, Atenas tuvo que fundar una [Segunda] Liga Naval (377) que corregía excesos de la anterior y aseguraba la autonomía de sus aliados. Con ese instrumento, Atenas porfió en vano para recuperar la perdida hegemonía. Tras la derrota en el 355 en la Guerra Social ante

INTRODUCCIÓN

cuatro de los aliados más fuertes (Rodas, Quíos, Cos y Bizancio), la dirección política de Atenas fue asumida por un grupo de hombres que defendía una nueva orientación política; se trataba de renunciar al aspecto militar del poder, fundamentar la primacía cultural y mercantil de Atenas y gestionar la ciudad con criterios económicos. En pocos años, siguiendo las directrices de Eubulo (como presidente del Tesoro del Teórico), estas actuaciones dieron resultados muy satisfactorios.

Pero la derrota de Atenas ante sus aliados coincide con la llegada al trono macedónico de Filipo II. El rey Argéada aprovechó los problemas de Atenas para conquistar su antigua colonia de Anfípolis (357 a. C.), en la costa tracia del norte del Egeo. Este hecho es un indicio de la expansión que alcanzaría este gran estratega y astuto político. Ganar territorios en Tracia iba contra el interés tradicional de Atenas en la zona; y el descenso hacia el sur, a través de la implicación política en Tesalia y bélica en la Fócide (Tercera Guerra Sagrada), se contemplaba desde Atenas como una amenaza a la ciudad. Mientras una parte de los atenienses quería pactar con él, desde el 346 a. C., fecha de la firma de la Paz de Filócrates, Demóstenes se convirtió en el adalid de la resistencia contra Filipo.

Demóstenes es el último gran orador democrático que exhortó sobre la necesidad de frenar a Filipo y lo hizo invocando la democracia y la libertad de los griegos. Su discurso fluía desde la idea nuclear de que Atenas debía, como en el 480, abanderar la causa griega. El corpus de las arengas conservadas bajo su nombre constituye, además, un testimonio imprescindible para reconstruir la vivencia de la expansión macedónica desde Atenas, para conocer los grupos políticos en liza y recomponer las condiciones sociales y económicas de la ciudad en aquel tiempo. Pero las propuestas de Demóstenes ante la Asamblea tuvieron éxito político solo un par de años antes de la derrota definitiva de Queronea (338). En esta batalla, librada en la región de Beocia, al norte del Ática, se enfrentaron a Filipo, fundamentalmente, tebanos y atenienses que fueron derrotados.